

Los ensayos que ha reunido Vásquez en el libro invitan a una reflexión teórica —es decir crítica— sobre la literatura más sugerente que la de casi cualquier otro escritor colombiano del pasado y del presente. Vásquez menciona los nombres de Rafael Humberto Moreno Durán y de Andrés Hoyos para mostrar que en Colombia sí ha habido escritores que han cultivado con éxito el género crítico. El caso de Hoyos no lo conozco sino de oídas y por eso no entraré en él. El caso de Moreno Durán, en cambio, lo conozco bien y me permito decir que, pese a lo interesantes que puedan ser algunos ensayos puntuales, creo que no llega a plantear en ningún momento la pregunta sobre lo que es o no es literatura o, por ejemplo, lo que es la influencia literaria de la manera radical como lo hace Vásquez.

RODRIGO ZULETA

“Necesario exorcismo al fenómeno de la violencia en Colombia”

Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia

María Victoria Uribe Alarcón
Grupo Editorial Norma, Colección Vitral, Bogotá, 2004, 154 págs.

De alguna manera, la intención más o menos epistemológica que afanó el presente análisis, *Antropología de la inhumanidad*, de María Victoria Uribe Alarcón —antropóloga e historiadora, a la fecha directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icahn)—, puede servir, como se lee en las palabras liminares del libro, de necesario exorcismo al fenómeno de la violencia en Colombia. Puntualiza, desde allí, el norte de un libro que no será

“la historia social del bandolerismo, como tampoco un recuento exhaustivo de las dinámicas políticas y sociales de la guerra en Colombia”. Luego, nos revela el porqué de este reconocimiento antropológico como un asunto más cercano al escrutinio de las masacres y “los contornos de una inhumanización que ha alimentado las tecnologías del terror en Colombia” que a un ‘indolente’ documento estadístico.



Antropología de la inhumanidad fue publicada originalmente en la Petite Bibliothèque des idées de la Editorial Calmann-Lévy en 2004, formando parte de una interesante saga de estudios emprendidos por la “Toya Uribe” —como se le conoció desde su tristemente célebre condición de reina de belleza en 1968—, y encaminados a ser el soporte de un detallado vademécum de psicopatologías y problemáticas sociales, desde investigaciones como *Enterrar y callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993*, junto a Teófilo Vásquez, investigador del Cinep, o *Matar, rematar y contramatar: las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964*, publicada en 1990. De cierta forma, y según se constata al ver su paso de

los estudios de arqueología a la antropología y la sociología, María Victoria Uribe ha querido dar prioridad a los avatares socio-políticos que encierra esa suerte de “idea pagana de la ética”, todo desde un sustrato psicológico que ha ido mutando en relación con la pérdida o ambigüedad de los contenidos ideológicos de este fenómeno en el país.

Desde el periodo conocido como la Violencia —1946-1964—, “partera de la historia reciente del país”, Uribe Alarcón desentraña el común denominador de dichos brotes de animalización a los que han sido sometidas las víctimas antes y después de su asesinato; algunos elementos semióticos que rodean la escena de los mismos; así como los pormenores de una carnicería plagada de códigos que corresponden a “un estadio social presimbólico que estaría señalando la existencia de un excedente que se niega a ser simbolizado”. Digamos que, palabras más, palabras menos, a una antropología de las significaciones: tortura, sacrificio y carnicería. En un principio, se va a los documentos preexistentes, a los testimonios, a la historia temprana de estas pugnas, concibiendo —y que valga la analogía— el árbol genealógico que corresponde a los momentos cruciales en la formación de ese clima de ambigüedad en que han sido fundadas las relaciones sociales y el subsiguiente clima político en un país que fue, según el historiador Gonzalo Sánchez, producto de una “inquietante irracionalidad”, dado que las dos grandes fuerzas políticas de entonces se comportasen “no como partidos sino como una subcultura de la vida cotidiana”. De ahí la historia que se viene repitiendo, pugnas que se finiquitan parcialmente “mediante amnistías que pretendían definir el statu quo de los rebeldes derrotados”, como se ve en las guerras civiles, la Violencia o los procesos políticos más actuales, el M-19 por ejemplo, todo como recurso extremo del Estado, pese a la polarización de clases, el “equilibrio catastrófico” que impide a las elites definir la guerra a su favor. Se hace claro en este estudio hasta qué pun-

to la fragmentación política en el territorio y la escisión entre los poderes confrontados llevó a la población civil a defender luchas claramente definidas por su herencia o por el inconformismo sostenido desde la marginalidad, aquí la Violencia liberal-conservadora, “como evento crítico” y la violencia “como fenómeno consustancial a lo social”. Luego, el clima de antagonismo político que definió de manera trágica una relación “amigo-enemigo” y por la cual se agudizaron los contornos de dicha rivalidad, campesinos alimentados por “los rumores, las antipatías, las pugnas y las intrigas”, así como por las campañas de desacreditación, visiblemente maniqueístas. Por un lado, la ortodoxia conservadora y, por el otro, el populismo liberal, “masa amorfa —en palabras del presidente conservador Laureano Gómez—, informe y contradictoria”, basilisco que “camina con pies de confusión y de inseguridad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y una pequeña, diminuta cabeza comunista”.



Uribe Alarcón llega, además, al bandolerismo social de Eric Hobsbawm para demostrar cómo el bipartidismo o la resistencia campesina convivieron en forma paralela

con este fenómeno para luego convertirse no en una consecuencia de la Violencia, sino en una de las enfermedades alimentadas por el arraigo, el deseo de venganza o el acelerado juego por el poder. El asunto etimológico en la designación de los miembros o comportamientos de una cuadrilla de bandoleros, constituye el común denominador de un libro que prefiere centrarse en esa suerte de lenguaje de la violencia, como ya se dijo antes, y que aclara lo concerniente a la animalización y los rituales en las ejecuciones. Desde las tres clases de cuadrillas que distingue la autora —una de gran tamaño dedicada a los ajustes de cuentas políticos y las venganzas, otra menor de carácter “justicialista” y una tercera, mucho más pequeña, dedicada al pillaje—, vienen a cuestión nombres de bandoleros como Chispas, Desquite, Sangrenegra, Superman, Póquer, Almanegra o Mariposo, así como la designación de los papeles dentro de estos grupos conformados en su mayoría por campesinos, eso es, el “campanero”, quien avisaba sobre imprevistos a la tropa, el “cuidandero”, encargado de custodiar sus pertenencias, o el “sapo”, el delator “volteado” que señala a unos u otros, criatura ‘resbalosa’ que “inspira rechazo y odio entre próximos y ajenos”. El problema del antagonismo político, estudiado en parte del capítulo inicial de *Antropología de la inhumanidad*, llevó a que liberales y conservadores sólo pudiesen validarse a través de la destrucción de su opuesto. La alteridad en este caso, según lo confirma Uribe Alarcón, viene de los estereotipos heredados de las guerras civiles del siglo XIX, cuando los dos grupos —cada uno envenenado contra el otro desde la murmuración y el odio prefabricado—, se vieron sesgados por el fanatismo y las leyes familiares que les endilgaba una filiación determinada, todo esto con un trasunto ideológico de naturaleza maniquea rico en símbolos y representaciones culturales. La idiosincrasia y la superstición son el garante de una serie de códigos que fueron estandarte

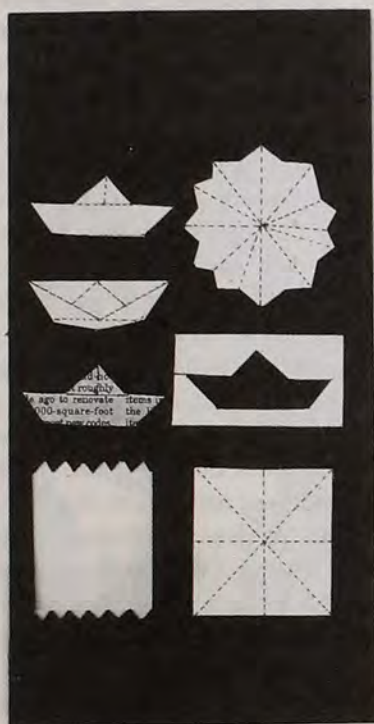
de dicha polarización, desde el color azul para identificar al partido conservador —el color de la Virgen de La Inmaculada Concepción— o la utilización de escapularios y medallas como “agüero” por parte de los bandoleros, en su mayoría bautizados bajo el credo católico.



Cierra el capítulo “El antagonismo social durante la Violencia”, un interesante estudio de iconos y sobrenombres relacionados con elementos de la naturaleza y de la cultura popular, algunas veces como símiles y otras como forma de hacerse a los atributos de los nombres que eran utilizados. Parte Uribe Alarcón de los sistemas significativos que corresponden a la relación de los bandoleros con su entorno: “el primero de ellos era la manera como concebían su propio cuerpo. El segundo correspondía al uso que hacían de determinados nombres de animales como alias, y el tercero a los mecanismos mediante los cuales animalizaban a sus enemigos”.

Se muestran aquí —al igual que en un breve diccionario que se incluye al final del libro— los nombres que recibían ciertas partes del cuerpo según rasgos propios de sus animales domésticos —como “tuste”, “guacharaco”, “buche” o “chocoesuela”— o el porqué de los alias propios de los bandoleros y de sus víctimas, en un perverso sistema de “representación y auto-representación”. Varios de estos nombres mutaron luego en verbos como “pajarear”, “pavear” o “palomiar” y

muchos bandoleros los tomaron como suyos en aras de granjearse un estatus dentro de sus cuadrillas, acudiendo también a palabras del folclor popular, héroes de la Biblia o simplemente a adjetivos que destacaran un atributo determinado. En este campo, *Antropología de la inhumanidad* hace el paneo necesario, se apoya, además en una considerable cantidad de ejemplos e ilustraciones que permiten entender estos referentes y propone una revisión que explica aún más el capítulo que le sigue, “Las masacres como síntoma social”.



La revisión que María Victoria Uribe hace de las masacres y su injerencia o relación con las patologías de los actores del conflicto, conduce la lectura a uno de los puntos que más le interesaron, como se puede comprobar, al desarrollar su indagación: “la necesidad de incorporar en el análisis teoría relacionada con la impureza y la contaminación, con la semiótica, con el simbolismo cultural y con el sacrificio”. Su estudio habla de la falta de terceros que mediaran en los conflictos anteriores a los rituales de carne, dada la polarización bipartidista, y empieza por revisar el escenario que prece-

dió las masacres, la venganza, los ejercicios de poder ante vecinos y familiares, o los procedimientos propios a cada grupo, la violación de las mujeres, el asesinato de los hombres y la manipulación post mórtem de sus cuerpos. Se describen algunas prácticas como el llamado “corte de franela” —“inaugurado por la policía ‘chulavita’ y replicado posteriormente por los bandoleros liberales”— que consistía en “cortar los músculos y tendones que sostienen la cabeza, con el objeto de que está se desplazara hacia atrás, dejando ver un profundo agujero en la zona del esófago”, el “corte de mica”, en que “se decapitaba a la víctima y su cabeza era reubicada entre sus manos o sobre la región del pubis”, o cortes que establecen analogías con la culinaria como “bocachiquiar” —zanjas oblicuas con el machete hechas en la espalda para causar una muerte por desangramiento— o “cortar para tamal”, esto es, descuartizar el cuerpo de la víctima como si fuera la carne cruda de un animal.

Como parte de su tesis doctoral, María Victoria Uribe desarrolló una investigación comparativa sobre los mitos fundacionales de los grupos insurgentes Liberation Tigers of Tamil Eelam de Sri Lanka, las Farc de Colombia y el Ira de Irlanda del Norte. En el curso de este libro, *Antropología de la inhumanidad*, el objeto de dicho trabajo le sirve como apoyo para fijar un modelo que encuentra a Colombia como un caso aparte en cuanto a la historia y desarrollo de sus problemas internos. Por ello, el capítulo final, “El síntoma en la era de la globalización”, habla de la polarización como factor constitutivo de las guerras en el país desde el siglo XIX, hasta encontrar en la violencia actual no una guerra ejercida por “personas ordinarias en contra de otras personas ordinarias”, sino una guerra de “ejércitos irregulares que están integrados fundamentalmente por habitantes rurales” y que tuvieron el inicio de sus roces en una compleja disfunción política y social. Uribe Alarcón habla del caso colombiano con base en un resquebraja-

miento que no atiende a la globalización como detonadora de los problemas actuales e insiste en el problema que ha generado el abismo entre lo rural y lo urbano, además de enfrentarse a la violencia contemporánea en términos de lucha territorial, ocupándose, para ello, del paramilitarismo y sus mecanismos de supresión. Examina aquí los análisis de Arjun Appadurai y Liisa Malkki sobre la violencia entre hutus y tutsis en Ruanda—donde los procedimientos violentos son, según los investigadores, los encargados de determinar los “parámetros de la otredad”— y habla de las masacres en Colombia para aseverar lo contrario, que en ellas “las personas anteceden a los hechos violentos, y es a partir de éstos que terminan convertidas en un ‘montón de carne’”. Finalmente agrega:

Por lo tanto, es necesario distinguir entre las tecnologías del terror y las alteridades sobre las cuales se aplican dichas tecnologías. Lo que buscan las primeras es precisamente desnaturalizar a las personas y tender sobre ellas un manto de indiferenciación que facilite su destrucción.

En este terreno, María Victoria Uribe examina la situación de la población rural en relación con la figura del actor armado, “hombre de camuflado” que, según testimonios, igual podría ser un militar, un guerrillero o un paramilitar; también de la población urbana, “relativamente al margen de la confrontación armada” y cuyos referentes políticos y culturales están básicamente conformados por el Estado, los partidos, la Iglesia y las instituciones; así como de los dos planos de la guerra que define, primero a partir del enfrentamiento como tal y luego según esa subsiguiente guerra de ideologías, donde sindicalistas, simpatizantes de izquierda y defensores de derechos humanos son, en sus palabras, liquidados por “los sectores más reaccionarios del establecimiento”.

Las consideraciones finales traen de nuevo a colación el tema de la

animalización, ejemplarizada desde un bello episodio de la obra de Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*, en la cual se ‘humaniza’ a un animal antes de su sacrificio y se crea la analogía en reciprocidad a las masacres en las cuales los asesinos animalizan a los seres humanos con el fin de borrar su cara, suspendiendo el tabú que prohíbe aniquilar a sus semejantes, pues “quien ejecuta la masacre sólo tiene ante sí a un extraño que no pertenece a su mundo, un extraño que es el arquetipo de lo indecible”.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

Conocedores del verso de diez palabras

Cantar mi pena / La mejor vida que tuve

Heriberto Fiorillo

Ediciones La Cueva, 2.^a ed., Bogotá,
2009, 198 págs.

En tres versos bellos e inolvidables el poeta español Antonio Machado parece haber condensado la esencia de la poesía al afirmar: “Canto y cuento es la poesía / Se canta una viva historia, / contando su melodía”. El aserto de esta sabia sentencia lo confirma la segunda edición del libro doble de Heriberto Fiorillo, *La mejor vida que tuve y Cantar mi pena*, la cual nos presenta las semblanzas, construidas desde su ámbito natural de la Guajira y el Cesar, de dos de los compositores más grandes del estilo vallenato, Emiliano Zuleta Baquero, el viejo Mile, el campeón de la piquería y la improvisación veloz y certera, el hombre que hizo cantos con su vida, y Leandro Díaz, el pregonero, el pensador, el compositor que sólo canta después que logra pensar, el hombre que convirtió su vida en una canción.

Cediendo la voz a los juglares, que hablan en primera persona, conservando su lengua y su tono, el dejo de La Provincia, Fiorillo teje dos testimonios de vida que nos ilustran acerca de las vicisitudes del músico o artista en el Caribe colombiano, donde, si bien se cumple a plenitud la frase de Nietzsche según la cual “la vida de los grandes hombres es un continuo maltrato de animales”, también es cierto que la actividad artística permite a los hombres sobrevivir con dignidad y ganarse el respeto de sus contemporáneos, tanto en su tierra como fuera de ella. Así ha ocurrido con el caribe mayor de todos los tiempos, Gabriel García Márquez en su periplo de Aracataca al Nobel, y también con Emiliano Zuleta Baquero y Leandro Díaz.



Ilustrado con las excelentes fotografías de Julio Gil, el libro traza el perfil de los artistas, atento, sobre todo, a su mundo interior, al corazón y la mente, más que a los contextos que enmarcan su vida. Aunque se sintetizan las vidas de los dos compositores, casi no hay fechas, lo que muestra que las intenciones no son de tipo histórico, al menos de la manera tradicional, sino que se intenta, ante todo, ahondar en el proceso de crecimiento espiritual, es decir, en la historia del alma de los compositores, su infancia, las relaciones con los padres, sus amores, los matrimonios, sus inicios, la hechura de sus cantos, sus ideas sobre la música, Dios, la muerte, las muje-

res y la política, en la época heroica de la música de acordeón cuando no existían ni espejos ni radios ni grabadoras ni luz eléctrica ni platos ni cucharas ni teléfono ni fósforos y los muertos salían a espantar a los vivos y los brujos les ponían pesadas las manos a los músicos para que no tocaran bien y las mujeres iban era detrás de los choferes y el vallenato ni siquiera tenía nombre y el compositor era excluido de los altos círculos sociales y confinado al canto crudo en la cola del patio.

Aunque no se nos aclara nunca cuál fue el criterio de la selección, porque estos cantautores y no otros —al parecer se trató de una solicitud directa del Ministerio de Cultura—, para el aficionado a la música de acordeón constituye una fortuna que hayan sido esos dos, en la medida en que representan las máximas realizaciones de dos tendencias entre las cuales oscilan los cantos vallenatos: la narración y la reflexión lírica, la nota extensa que nadie corrige y el verso bien chiquitico y bajitico de melodía. Si bien en Rafael Escalona, Calixto Ochoa y Adolfo Pacheco se alternan o se mezclan estas dos opciones, pocos compositores narran con la pureza con que lo hace Emiliano Zuleta Baquero, cuyas composiciones son auténticos cuentos cantados, y muy pocos meditan con la hondura filosófica de Leandro Díaz.

Y así como sus cantos, sus vidas ejemplares contrastan y se complementan, a su vez: pocos compositores han tenido una existencia tan activa como la de Emiliano, rica en vivencias picarescas (se cambió el nombre de pila, se curaba con chirrinche las ansias de comer tierra, se sacó cinco muchachas una misma noche, se bebió por decepción un frasquito de *Exterminio*), y ninguno ha llevado una vida tan contemplativa como la de Leandro, ni remotamente se acerca a la riqueza de su aventura interior por los meandros de la memoria, el dolor, la pena, los presentimientos, las corazonadas y la soledad del silencio: mientras Emiliano deambulaba con su acordeón por la Jagua del Pedre-